

LA BODA

M. M. Castellano



Image not found.

Capítulo 1

LA BODA

Ha pasado. El otro día tuve que enfrentarme a uno de los peores miedos que puede tener una mujer: una de mis mejores amigas se casa. Sí, es la primera que se casa del grupo. Por eso escribo esto hoy que me encuentro un poco más recuperada del susto. Cuando vi la invitación en mi buzón ni siquiera podía imaginarme que podía proceder de alguna de mis amigas. «Ninguna ha comentado nada de planes de boda», pensé. Ingenua de mí. De hecho, al principio pensaba que se trataría de la típica persona que en una ocasión te preguntó la hora por la calle y que, por la relación de amistad tan íntima que surgió de esa interacción de 5 segundos, ha querido compartir un día tan especial contigo. No tuve en cuenta que yo no interactúo con desconocidos ni respondo a preguntas horarias en plena calle por mi miedo irracional a que me roben el móvil.

Ya cuando subía a casa fueron asaltándome las dudas. El hecho de que pusiera mi nombre y el de mi pareja ya me daba indicios de que se trataba de alguien medianamente cercano. En caso contrario, habrían recurrido al anónimo 'acompañante'. La impaciencia me llevó a intentar abrirla mientras subía las escaleras y hacía malabarismos con las bolsas, el paraguas y las llaves de casa. De ahí solo podía salir una demostración práctica de la fuerza de la gravedad. Efectivamente, se me cayeron las llaves y encima fueron a parar a la planta de abajo, con lo que tuve que bajar y volver a subir.

Entré corriendo en casa y me dirigí a la cocina para abrir la invitación sobre la encimera. Cuando vi los nombres de los casaderos no daba crédito. «¿iQué!? ¡Pero si no ha puesto nada por el grupo de Whatsapp! ¡Ni nos ha dicho nada a ninguna, la muy ...!» Acudí al susodicho grupo para ver si alguien más había recibido la invitación y había escrito algo al respecto o si era una broma dirigida hacia mi persona. Lo más reciente en la conversación era un vídeo de gatos y calabacines y múltiples carcajadas (somos muy originales, ya véis). No sabía si decirle algo a ella por separado o esperar. Opté por lo segundo.

No había pasado ni una hora cuando vi que alguien había intervenido en el grupo. «Que coño!!» acompañado de una foto. Confirmado, era una imagen de la invitación. De repente, se formó una tormenta de «que me dices????!», «eso es verdad??» y «estáis de coña». La que ha provocado todo el entuerto contestó: «Tiaaaaas que quería daros una sorpresaaaa!! El finde que viene ya quedamos y os cuento bien. Pero estoy loca de contenta!!!!». ¿Hola? Yo casi que prefiero esas sorpresas en las que te presentas sin previo aviso en mi casa una tarde con una cajita de

pasteles, pero no con eso, "tía".

Lo que fue sucediéndose a continuación en ese grupo no tiene explicación plausible. Por supuesto que la alegría inundaba todos los mensajes, aunque no voy a negar que voló algún que otro "traidora". Se veía venir. La boda no, sino ese calificativo.

Solté el móvil y me senté para interiorizar lo que estaba ocurriendo. O sea, que dentro de cinco meses tengo una boda. La primera de mis mejores amigas. Me alegro mucho por ella, sin embargo, hay que reconocer que toda invitación a una boda está envenenada. Mucho. Hagamos cuentas.

El regalo queda por descontado, y además tiene que ser algo gordo y especial por la amistad que nos une. Me gustaba más nuestra unión cuando solo implicaba acostarte al llegar de una noche de fiesta o ver maratones de películas de adolescentes. Pero todo "ok".

Dicho esto, pasemos al tema vestido. Todo un dilema. ¿Es mejor alquilar uno o comprarlo? Como si no lo tuviéramos ya lo suficientemente difícil, nos aumentan las alternativas en cuanto al modo de adquisición para hacerlo todo más complicado. Porque claro, a efectos de precio, no hay grandes diferencias entre las dos opciones. Venga, me decido por la opción de compra. Aquí hemos venido a jugar. Además, asumirlo, no importa cuántos titulares de revistas de moda veáis que os intenten seducir con un «Más de 47 looks de invitada *low cost*». La mayoría de ellos no te gustan y los que te llaman más la atención están agotados. Lo único *low* que vas a encontrar va a ser tu saldo en la tarjeta de crédito.

Si seguimos profundizando en el asunto, también tengo que advertir otra cosa: da igual que sólo gastes 40 euros en el vestido porque el coste total del vestuario va a ser el mismo. Sí, lo que lees. Y no me niegues con la cabeza porque todavía cojo y compro varias unidades del vestido que te gusta hasta agotarlo. La cuestión es que lo que te ahorras hipotéticamente en el vestido lo terminas gastando en complementos. Lo primero que piensas es «bueno, ahora aprovecho y me compro unas buenas sandalias que me sirvan para otras ocasiones». Y claro, ahora no vas a ir a ninguna tienda de Inditex a comprarlas, ¿eh, gachona? Ya de Gloria Ortiz no bajas. Y lo mismo ocurre con el bolso, los pendientes y... el sombrero o tocado. Es obligatorio llevar algo en la cabeza. Y más te vale hacerlo, porque en caso contrario vas a convertirte en la chica sosa que no lleva nada en el pelo. Avisada quedas.

Una vez que tuve todo esto en cuenta me pregunté por qué hay préstamos para otras cuestiones pero no para este tipo de eventos. Con esta misma idea en la cabeza, ni corta ni perezosa me planté en el banco para informarme. «Hola, buenos días. Mire me gustaría pedir un préstamo». Cuando el señor me preguntó por el tipo de préstamo en el

que estaba interesada dudé si decir la verdad o no. No obstante, soy de las que opinan que hay que ir con la verdad por delante, así que contesté: «Mire es que se casa una amiga. Ha sido algo totalmente imprevisto. Dice que quería darnos una sorpresa, ya ve usted las sorpresitas que se dan hoy en día. Pero el caso es que se me vienen unos gastos ahora y...». El buen hombre sonrió y me afirmó que no era la primera persona que acudía por la misma razón. A partir de ahí, todo fue sobre ruedas y puedo afirmar que he conseguido unas buenas condiciones de financiación.

Justo al volver a casa, vi que me aparecía un nuevo grupo de Whatsapp con el título «Despedida de soltera» seguido de aproximadamente 56 iconos. ¡Joder! Se me había olvidado por completo. Más gastos. Y encima hoy en día que las despedidas se han convertido en viajes a lo *Sexo en Nueva York*. Ya no son escapaditas furtivas a una ciudad cercana a formar un poco de escándalo y avergonzar a la *bride to be*, sino que hay que llevarla con los ojos tapados a otro país. ¿Qué está pasando en la sociedad? Las redes sociales están haciendo mucho daño, os aviso.

Además, este grupo de amigas no es del tipo de ir a tomar café al bar de la esquina, sino de las de cómo mínimo un Mamá Framboise. Para quienes no sepáis a lo que me refiero y os hagáis una idea, estoy hablando del Tiffany's de la pastelería. Si no lo entendéis con eso, ya no es mi culpa. Tenéis muy poco mundo.

Sin embargo, ocurrió algo maravilloso. Algo que hizo que casi se me saltaran las lágrimas de felicidad. Entre las distintas propuestas, que implicaban el uso del pasaporte, una de mis queridas amigas escribió: «Chicas, no olvidéis que tiene pánico a los aviones. Tenemos que organizar algo que no suponga coger vuelos». ¿Os habéis emocionado tanto como hice yo? Lo sé, es genial. No obstante, no cantéis victoria, porque alguien contraatacó y mencionó la palabra 'barco'. Y ya a partir de ahí las propuestas fueron sucediéndose a un ritmo frenético. La conclusión es que todo indica hacia Cerdeña. De ahorrar ni hablamos.

Es por eso que esta mañana he vuelto al banco. Me he dirigido a la mesa del mismo señor de la semana pasada y le he dicho: «Otra vez me tienes por aquí». A lo que él me ha contestado: «No me lo digas, la despedida de soltera». No he podido evitar decirle: «Joder, Paco, tú sí que me entiendes».